

Carta de Carlos Marx a Arnold Ruge Mayo de 1843

(Tomado de Karl Marx/Arnold Ruge, *Los Anales franco-alemanes*, Ediciones Martínez Roca, SA, Barcelona, 1970, páginas 50-56, con traducción de J. M. Bravo, sin indicación de fuente; también para las notas)

Colonia, mayo de 1843

Su carta, queridísimo amigo, es una buena elegía, un canto fúnebre que quita la respiración; pero desde el punto de vista político no es absolutamente nada. Ningún pueblo desespera y aunque se vea obligado a esperar por obtusidad, llegará un día, después de muchos años, que, en un alarde de repentina inteligencia, llevará a cabo sus más elevados deseos.

Sin embargo, me ha contagiado usted; su razonamiento está sin acabar; quisiera acabarlo yo, y cuando esté completamente terminado, tiéndame su mano para volver a empezar de nuevo. Deje que los muertos entierren y lloren a sus propios muertos. Sin embargo, es envidiable ser los primeros en acceder vivos a la nueva vida; ese tiene que ser nuestro destino.

Es cierto, el viejo mundo pertenece a los filisteos. Pero no por eso tenemos que tratarlo como un viejo espantapájaros ante el cual se huye atemorizado. Por el contrario, tenemos que mirarle fijamente a los ojos. Merece la pena estudiar este dueño del mundo.

Indudablemente es señor del mundo sólo en cuanto lo puebla con su sociedad, al modo de los gusanos de un cadáver. Por lo tanto, la sociedad de estos señores necesita sólo de un conjunto de esclavos, y los propietarios de esclavos no tienen ninguna necesidad de ser libres. Aunque, por poseer tierras y personas, se les llama señores, sobre todo en sentido etimológico, no por eso son menos filisteos que su gente.

Hombres, es decir, individuos de genio, republicanos libres. Pero en su mezquindad, rehúsan una y otra cualidad. ¿Qué les queda por ser o querer?

Lo que quieren, vivir y multiplicarse (más allá, dice Goethe, no va nadie), también lo quieren los animales; todo lo más, podría añadir un polícastro alemán que el hombre es consciente de quererlo y que los alemanes son tan juiciosos que no quieren nada más.

Lo primero que había que encender en el pecho de estos individuos es la conciencia del hombre, de la libertad. Sólo este sentimiento, desaparecido del mundo con los griegos y sublimado por el cristianismo en el aéreo azul del cielo, puede volver a hacer de la sociedad una comunidad de hombres con el más alto de los fines: un estado democrático. Por el contrario, los hombres que no se sienten tales, se multiplican para su señor, como una cría de esclavos a la manera de caballos. Los señores hereditarios constituyen el punto focal de toda la sociedad. A ellos les pertenece este mundo. Y lo toman como es y como cree ser. Se toman a sí mismos por cabeza, y se colocan donde crecieron sus pies, sobre los hombros de estos animales políticos que no tienen más vocación que la de ser “sometidos, agradecidos amantes y devotos”.

Un mundo de filisteos es una *mundo político de animales*, y siuviésemos que reconocer su existencia, no nos quedaría más que remitirnos sencillamente al status quo. Así generado y plasmado el mundo por siglos de barbarie, se nos presenta ahora como un sistema coherente, cuyo principio es el del mundo *deshumanizado*. El mundo de filisteos más perfecto, nuestra Alemania, tenía, obviamente, que permanecer completamente retrasado con respecto a la Revolución Francesa, restauradora del hombre; y el Aristóteles alemán que a partir de esto pretendiese elaborar su política tendría que empezar diciendo

“El hombre es un animal social, pero completamente apolítico”, pero no podría definir el estado más exactamente que como lo ha hecho el Señor Zöpfl¹, autor del *Derecho público constitucional en Alemania*. Para él, el estado es una “asociación de familias”, la cual, añadimos nosotros, por herencia y disfrute pertenece a la familia más potente, que suele llamarse dinastía. Cuanto más prolíficas se muestran las familias, tanto más feliz es la gente, el estado más grande y la dinastía más potente; precisamente por todo esto, en Prusia, país típicamente despótico, se premia con cincuenta taleros el nacimiento del séptimo hijo.

Los alemanes son realistas tan prudentes que sus más audaces deseos y pensamientos no van más allá de la tranquila existencia. Dicha realidad, y nada más, aceptan los que la gobiernan. También ellos son realistas, alejados de toda lógica y de toda grandeza humana, funcionarios típicos y terratenientes; pero no se equivocan, mejor dicho, tienen razón: tal y como son se bastan, indudablemente, para explotar y dominar este reino de animales porque, aquí como en todas partes, dominio y explotación son la misma cosa. Y cuando se hacen servir mirando desde arriba las cabezas bulliciosas de esos seres carentes de cerebro ¿acaso puede concebirse actitud que les sea más conforme que la de Napoleón en Beresina? Se cuenta que refiriéndose al bullicio de los que se estaban ahogando, dijo a sus acompañantes: “*Voyez ces crapauds!*”² Probablemente la anécdota no es cierta, sin embargo, es verosímil. La única teoría del despotismo es el desprecio por el hombre, el hombre deshumanizado, y esta teoría, con respecto a las demás, tiene la ventaja de ser al mismo tiempo una realidad efectiva. El déspota ve siempre a los hombres a nivel inferior. Para él, a sus ojos, el resto de los hombres se hunden en el fango de la vida cotidiana, del cual, sin embargo, como las ranas, siempre vuelven a salir. Si esta concepción se impone incluso a hombres que fueron capaces de perseguir grandes fines, como Napoleón antes de su locura dinástica ¿Cómo va a poder un vulgarísimo rey, en una realidad como ésta, ser idealista?

La esencia de la monarquía es el hombre envilecido, despreciable, deshumanizado; y Montesquieu se equivoca completamente cuando pretende hacernos creer que esa esencia es el honor. Montesquieu intenta aclarar la cuestión distinguiendo entre monarquía, despotismo y tiranía. Pero no se trata más que de diferentes denominaciones de un único concepto, o todo lo más indican una diferencia moral en el ámbito del mismo principio. Allí donde el principio monárquico es mayoría, los hombres están en minoría, allí donde ni siquiera se discute, no hay hombres. ¿Por qué razón un hombre como el rey de Prusia, que no tiene ningún motivo para ser problemático, no va a actuar sencillamente según su humor? Actuando así ¿qué sucede? ¿decisiones contradictorias? pues bien, no pasa absolutamente nada. ¿Tendencias inconscientes? Dichas tendencias constituyen siempre la única realidad política. ¿Posturas embarazosas y ridículas? Sólo hay una cosa ridícula y embarazosa: bajar del trono. Mientras el capricho sigue en su sitio tiene todas las razones. Por muy voluble, obtuso y despreciable que sea, siempre es lo suficientemente capaz como para gobernar un pueblo que no ha conocido más leyes que el arbitrio de sus reyes. No digo que un sistema obtuso y la pérdida de prestigio, tanto en el interior como en el extranjero, vayan a quedar sin consecuencias, no asumo la responsabilidad de la nave de los locos; sino que afirmo lo siguiente: el rey de Prusia continuará siendo un hombre de su tiempo, hasta que este mundo al revés sea un mundo real.

¹ Cfr. Heinrich Zöpfl, *Grnsätze des Allgemeinen und des Constitutionnel Monarchischen Staatsrechts mit Rücksicht auf das gemeingültige Recht in Deutschland*. Heidelberg, 1841. Heinrich Mathias Zöpfl (1807-1877) fue un jurista conservador alemán.

² Mirad esos reptiles.

Usted sabe que me ocupó mucho de este hombre. Incluso cuando contaba sólo con la *Hoja política semanal de Berlín*³ reconocía ya su valor y su misión. Con el juramento de Königsberg justificó mi previsión de que todo acabaría convirtiéndose en un asunto puramente personal. Proclamó que su corazón y sus sentimientos formarían la futura constitución de los dominios prusianos, de su estado; y, efectivamente, en Prusia, el rey es el sistema. Es la única persona política. Su personalidad determina el sistema. Lo que hace o lo que se deja hacer, lo que piensa o lo que dice, es lo que el estado hace o piensa en Prusia. De modo que el hecho de haberlo declarado con tanta franqueza es un mérito a apuntar en el haber del actual rey de Prusia.

Durante mucho tiempo hemos estado equivocados con respecto a una cosa: en creer que los deseos e intenciones expresadas por el rey tuviesen alguna importancia. Por el contrario, no cambiaban nada: el material de la monarquía es el filisteo, y el monarca siempre será rey de los filisteos; no puede liberarse a sí mismo ni a su gente, no puede convertirlos en hombres reales, mientras ambas partes sigan siendo lo que son.

El rey de Prusia intentó variar el sistema con una concepción efectivamente diversa de la de su padre. Todos sabemos la suerte de dicho intento: fracasó de arriba a abajo. Es natural. Mientras se actúe en el ámbito del mundo político de los animales no se pueden dar reacciones más que dentro de sus límites, y no existe progreso de ninguna clase si no se abandona el elemento básico, y se pasa al mundo humano de la democracia. El viejo rey no quería nada extravagante. Era un filisteo sin ninguna exigencia espiritual. Sabía perfectamente que un estado de siervos y el correspondiente gobierno no necesitan más que una existencia prosaica y tranquila. El joven rey era más despierto y más vivo, tenía un concepto bastante más amplio de la omnipotencia del monarca, cuya única limitación reside en su mismo corazón e intelecto. El viejo y decrepito estado de siervos y esclavos le repugnaba. Quería infundirle vitalidad, penetrándolo completamente de sus deseos, sentimientos y pensamientos. Y de haberlo logrado, podía perfectamente haberlo pretendido en su estado. De ahí sus discursos y sus desahogos liberales. Lo que iba a gobernar a los súbditos no era la árida ley, sino el ardiente y vivo corazón del rey. Pretendía poner en marcha todos los corazones y todos los espíritus para la realización de sus más recónditos deseos y sus perfectamente ponderados proyectos. A todo lo cual sucedió cierta animación; pero el resto de los corazones no latían al compás del suyo y los que estaban en el poder no abrían la boca, a no ser para deplorar la supresión del antiguo señorío. Los idealistas, cuya pretensión era la de hacer un hombre del hombre, captaron al vuelo las palabras, y mientras el rey fantaseaba en antiguo alemán, los idealistas pensaron que podrían filosofar en alemán moderno. Indudablemente, para Prusia, eso era inaudito. Por un momento el viejo orden pareció invertido, además hasta las cosas empezaron a convertirse en hombres, existieron, incluso, hombres con nombre propio, aunque en las dietas no se permitiera la apelación nominal. Pero enseguida los siervos del antiguo despotismo pusieron fin a esa actividad antialemana. No fue difícil provocar un conflicto entre los deseos del rey, pleno de nostalgia de un pasado de curas, caballeros y siervos de la gleba, y la concepción idealista, que era un producto de la Revolución Francesa, por consiguiente, esencialmente republicana y a favor de un ordenamiento de hombres libres en lugar de una jerarquía de cosas muertas. Cuando el conflicto fue lo suficientemente agudo y desagradable y el colérico rey estuvo lo suficientemente alarmado, se le presentaron aquellos siervos que tan fácilmente habían guiado antes el curso de las cosas y le dijeron que no era oportuno llevar a los súbditos a inútiles razonamientos y que sería difícil gobernar una prole de hombres hablantes.

³ *Berliner politisches Wochenblatt*, semanario editado en Berlín con el apoyo del príncipe heredero, más tarde rey de Prusia, Federico Guillermo IV, cuya redacción estuvo a cargo, entre otros, de Ludwig von Haller y Heinrich Leo.

Alarmase hasta el señor de los rusos posteriores por el fermento en las cabezas de los rusos anteriores⁴ y exigía el establecimiento de la tranquilidad del antiguo estado. Se produjo entonces una nueva edición de la antigua prohibición de todos los deseos y pensamientos del hombre acerca de los deberes y derechos humanos, es decir, la vuelta al antiguo y fosilizado estado de los siervos, en el cual el estado sirve en silencio y el señor de tierras y personas domina en el modo más tácito posible, a través de una servidumbre perfectamente adiestrada, tranquila y obediente. Ni unos ni otros pueden decir lo que quieren: unos aspiran a convertirse en hombres, otros niegan la posibilidad de la existencia de los hombres en el país. De forma que el silencio es la única posibilidad de salida: *Muta pecara, prona et ventri oboedientia*.

En esto consiste el infeliz intento de elevar el estado de los filisteos en el ámbito de su misma esencia: el resultado es que el despotismo de todos ha puesto en evidencia la necesidad de la violencia y la imposibilidad de actuar humanamente. Una relación brutal sólo puede mantenerse con la brutalidad.

Y así acabo con nuestra común tarea, o sea, con el análisis del filisteo y de su estado. No dirá ahora que tengo excesiva confianza en el presente; y si, sin embargo, no dudo de él, se debe, exclusivamente a que su desesperada situación me colma de esperanza. No hablo, en absoluto de la incapacidad de los señores y de la indolencia de los siervos y los súbditos, los cuales dejan que todo ocurra como ocurre, aun cuando ambas cosas juntas bastarían para provocar una catástrofe. Llamo su atención sobre el hecho de que los enemigos del filisteísmo, es decir todos los que piensan y sufren, están de acuerdo en que en el pasado les faltaban medíos; y que, incluso, el sistema pasivo de reproducción de los antiguos súbditos incrementa sus filas de día en día con nuevos reclutas al servicio de la nueva humanidad. Pero el sistema de la industria y del comercio, de la propiedad y la explotación del hombre conduce, más aún que el incremento de la población, en el interior de la sociedad contemporánea, a una fractura que el viejo sistema no puede sanar, porque dicho sistema no sana ni crea, sino sólo existe y disfruta. La existencia de la humanidad doliente que piensa y la de la humanidad pensante oprimida, tiene, necesariamente, que llegar a convertirse en insoportable e indigerible para el mundo animal de los filisteos que goza pasiva y obtusamente. Por nuestra parte, tenemos que poner en evidencia el viejo mundo y crear positivamente el nuevo. Cuanto más tiempo dejen los acontecimientos para que la humanidad que piensa reflexione y a la humanidad que sufre se una, tanto más perfecto será el fruto que el mundo lleva en su regazo.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁴ Marx llama irónicamente a los prusianos borusos, “rusos anteriores” (*Vorderrussen*), y a Nicolás I, zar de Rusia, “señor de los rusos posteriores” (*Hinterrussen*).